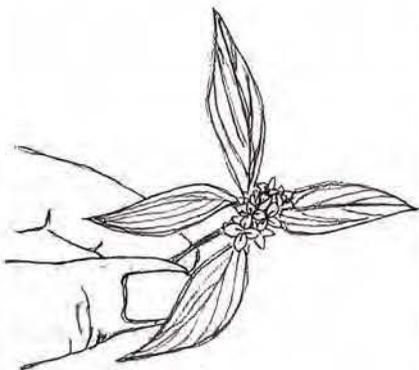


había quedado documentada de manera amplia en el reportaje *Colombia nazi* (Planeta, 1986) de los reconocidos periodistas Alberto Donadío y Silvia Galvis (q. e. p. d.). Lejos de la fábula, la Gestapo conformó sus cuadros en varias ciudades del país, entre ellas Medellín, Barranquilla y Cali, que tuvieron entusiastas seguidores del *Führer*.

Además, cuando se ha vuelto a hablar de la “Mano Negra”, extrema derecha que se manifestó en los albores del Frente Nacional, justo cuando Colombia recibía los beneficios del programa Alianza para el Progreso para exterminar cualquier asomo de comunismo, algunos capítulos del libro nos instalan de nuevo en tiempos de la Guerra Fría, tan poco documentados en Colombia.

Volviendo al pícaro de esta historia, católico, apostólico, romano, fascista y consagrado casanova, enriquece la tradición de picaresca que ostenta Colombia con un amplio repertorio de granujas, bribones, impostores que, cíclicamente, reencarnan en sus compatriotas. Incluso, podríamos hablar de un subgénero de la crónica policíaca que resulta bastante atractivo para el mercado editorial, como lo demuestra el libro *Malandrines* (Planeta, 2011), de Isabella Portilla, que recoge varias historias ganadoras de la primera versión del Premio Guillermo Cano, *Joven promesa del periodismo*, 2010, con una decena de personajes cortados con el patrón de Lañas, aunque no todos gozaron de su buena fortuna y de sus bendiciones ni se le escaparon al gran jefe del FBI, el temido Hoover, de quien el autor revela su homosexualidad, como



apunte irónico sobre la doble moral americana que se enarbolaba.

Infiere también el lector, al menos el colombiano, que en los tiempos que corren de espionaje y corrupción, lo que se hereda no se hurta. De la tinta indeleble saltamos a los teléfonos ‘chuzados’, siempre bajo el Gran Ojo del aparato de seguridad del Estado, con lo que esta gran crónica literaria mantiene su vigencia.

Maryluz Vallejo M.

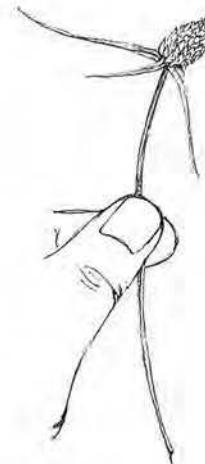
## El delicioso encanto de lo liviano

### *Las glorias*

MATÍAS GODOY

Destiempo, Bogotá, 2011, 139 págs.

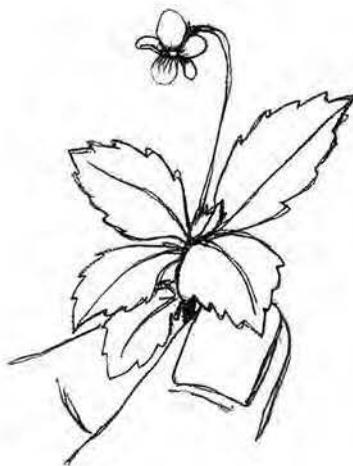
LAS GLORIAS es una pequeña novela escrita, podríamos decir, en tono menor, y buena parte de ella en clave de humor. Un pequeño divertimento, sin duda, sin ínfulas de gran novela, sin planteamientos de grandes problemas, aunque allí estén, como siempre en un mundo completo y verosímil, el amor, la soledad, la envidia, el poder (no de emperadores ni de gorilas de verde oliva, sino apenas sí de piratas), y la infaltable muerte (no hay sexo, tal vez porque entre librereros lo común es un romanticismo que todo lo suple). Pero lo que predomina, y triunfa, es la risa. Tenue a veces, a veces explícita, pero siempre fina, en ningún caso gratuita. El autor de esta joyita, Matías Godoy (Bogotá, 1985), se dice en la contracubierta, es también traductor, poeta y cuentista. Mucho, para solo 27 años. Bogotano, escribe una novela bogotana hasta los tuétanos. El frío penetrante de las mañanas, la costumbre de los horarios, el color del aire, la descripción de la calle, todo se ve perfectamente bien por medio de un lenguaje que encaja preciso en la narración. Los personajes hablan un bogotano exacto, con detalles que provocan la carcajada. Sin necesidad de ninguna caricatura, retrata con gran fidelidad el ambiente de aquellos seres que, a medida que avanza la narración, se vuelven entrañables y queribles.



La novela narra las peripecias de un grupo de librereros piratas que, entre divertidos, traviesos y fatales, pasan la vida en el centro de Bogotá, en el pasaje Veracruz, cerca del Museo del Oro, del parque Santander, de la iglesia de San Francisco y de la carrera 7.<sup>a</sup>, es decir, como en el puro centro del país (de su peculio, uno puede ir anotando que esto constituye una metáfora de lo que pasa en el país todo, que ese pequeño territorio de *Las glorias* es como se comporta el país de los libros, aunque ello suene exagerado). Todolibro se llama la librería de uno de los piratas, Salazar, quien a lo largo de la historia se irá haciendo indeseable por su malgenio, ambiciones y falta de nobleza; y Destiempo la de Pacho y Alejandro, estos sí agraciados piratas, dicharacheros e ingeniosos que, además, en otro lugar lejos de allí y con el mismo nombre, montarán su propia imprenta que les permitirá, de primera mano, sacar los *best seller* de cada momento, en exclusiva. Hacen sus víctimas a García Márquez, a Mutis..., pero no solo a ellos: “¡Llévelo, llévelo, la última de Rosero, lo nuevo de Chaparro, llévelo, llévelo!”.

Convive con todos ellos, a muy poca distancia, doña Gloria y su panadería Frutería Tropical 2 (“Así es: la panadería de doña Gloria tiene nombre de frutería; más vale no averiguar”, dice al comienzo el narrador), con los mejores pasteles gloria del mundo, al decir de sus comensales y de doña Gloria misma. Completan la escena algunos otros personajes, aunque mejor será llamarlos grumetes, como lo hace el narrador, para no desentonar en la atmósfera del relato:

los expertos marinos (léase piratas) se valen de aprendices que se llaman grumetes. Son el Negro, pirata de puesto ambulante en la calle, alcohólico y divertido que vende todos sus libros a mil, menos algunos que tiene separados a dos mil, para los que llama "pájaro fino", clientela elegante; también están Esgar, que trabaja para Salazar, y lo hace de la peor manera, pues roba en bibliotecas públicas y de colegios libros que van a dar a Todo libro, lo cual, de paso, produce indignación en Pacho y Alejandro, que no llegan a tales extremos. No pasan muchas cosas más en ese pequeño mundo de dimes y diretes de los negocios de libros piratas en una esquina del centro de la capital.



Avanza el tiempo, se hacen viejos, aguantan la vida de rebusque, hacen trampa, se ponen zancadilla, alimentan monstruos.

Durante veinte años, al menos por fuera, todo se mantuvo igual; doña Gloria en su panadería, Pacho llegando a medio día a revisar sus mesas del pasaje — más temprano en la mañana revisaba las otras que había ido montando por la ciudad— y parando en la Frutería a comerse un pastel gloria, a menos de que entrara Salazar, y volviendo por la tarde a tomarse un café con el avejentado Alejandro en la misma mesa en que habían imaginado el negocio que ahora le permitía tantas horas de ocio al día para caminar, conversar y últimamente incluso para escribir un libro. Por dentro, en cambio, las cosas no eran exactamente iguales a como habían sido en un principio, pero se

habían desarrollado de un modo bastante predecible. [pág. 35]

Entre alabanzas de sus pasteles y pasar en su local largos ratos de ocio y cháchara, Pacho y la poco agraciada pero muy amable doña Gloria se enamoraron sin sobresaltos, casi sin percatarse.

Pero Pacho escribió y publicó una novela, y todo cambió. *Novela pirata* su título, editada por Destiempo, pero con el sello de Alfaguara. Es decir, la novela, que no era del catálogo de Alfaguara, salió pirateada por esa editorial. Ese es el juego de Pacho con su novela para atrapar lectores incautos y es el juego del autor para reírse un poco de todo el entramado de las editoriales, de los monopolios, de las astucias de la piratería (el título de la novela de Pacho va en doble vía: es pirata porque Alfaguara la pirateó, y trata de piratas). Al final, ante el éxito de librerías (no solo de librerías de ediciones piratas) de *Novela pirata*, la afamada editorial —ahora sí ella— edita la novela y con ello el autor se ríe de nuevo: los legales incurren en lo ilegal porque, a su vez, ellos habían sido presa de lo ilegal. Es un galimatías, pero, ante todo, es una risa.

En medio de la primera historia, la de los libreros piratas y sus adláteres, comienza una segunda trama, la de unos piratas españoles y sus aventuras en altamar, hasta ser víctimas de una maldición por parte de monstruosos espíritus que los condenan a vagar por el mundo entero y por siglos. Así, creyendo recalar en el puerto de Veracruz, en México, lo hicieron en el pasaje Veracruz, en Bogotá, a la cabeza de Francis William Dampier, protagonista de divertidos diálogos en la panadería con doña Gloria (diálogos que hacen recordar los de don Quijote y Sancho Panza) y de un intrépido robo al Museo del Oro junto con su banda de truhanes. Todo ridículo, todo risible, todo ingenioso. Pacho ha escrito su novela dándole en ella un lugar a sus mismos compañeros de andanzas en su mundo de librero, repartiendo aventuras, mezquindades y cariños tanto a quienes amaba como a quienes despreciaba. El autor de *Las glorias* empalma con precisión la vida de adentro de su novela con la novela

de su principal personaje. Dos novelas en una, que sabe llevar a buen puerto y en la cual triunfa, aunque con un final amargo, bajo el signo de las glorias: aquella de la novela de Matías Godoy, aquella de la novela de Pacho Naranjo y aquella que pertenece a los deliciosos productos de la Frutería Tropical 2.



Con esta primera novela el autor ha demostrado talento y gracia para escribir narrativa, para enfrentar el arduo trabajo de novelista. Porque, como he dicho, ha logrado una narración sobria en sus intenciones, pero de gran precisión en el manejo del lenguaje y en la configuración de sus personajes. Ha demostrado destreza en el transcurso de los diálogos (lo cual es poco común hasta no alcanzar la experiencia de años y de libros) y una agraciada ductilidad a lo largo de la descripción, tanto de sus personajes como de lugares y paisajes. Ha rendido un bello homenaje a sus amigos libreros, tal como lo expresó en su dedicatoria. También se mofó con humor e inteligencia de ese mundo fascinante que a menudo esconde tantas historias, trampas y mentiras. Como casi todo, al fin de cuentas.

En la narrativa colombiana no se había escrito una novela de estas características, homenaje a los libros y sus mercaderes, sobre todo a aquellos que nunca tienen nombre, que se mueven en el anonimato de lo marginal. Pero igualmente ha rendido homenaje a una ciudad, aunque solo haya descrito de ella un pequeño rincón, una esquina, dos cuadras o un pasaje. Además, de un puñado de personajes. Eso fue suficiente para que el lector sienta en estas páginas una ciudad

entera, una de ocho millones de habitantes. Para que sepa cómo habla y cómo ve la luz de cada día, siempre después de las nueve de la mañana.

Luis Germán Sierra J.

## La levedad sin fondo

### *Memorias de la hija del boticario*

JAIME MORENO GARCÍA

Página Maestra Editores,

Bogotá, 2007, 374 págs.

EN 374 páginas Jaime Moreno García (Facatativá, 1943) escribe *Memorias de la hija del boticario*, una historia construida con impensables lugares comunes que se repiten a lo largo y a lo ancho. El autor quiere mostrar a cada momento sus dotes de narrador avezado, de experto conocedor de las tramas humanas y los innumerales y tragicómicos intrínquilos del país. En la lectura nos vamos encontrando con repetidas frases en boca de los personajes que denotan con demasiada evidencia asuntos relativos a la sabiduría popular, a la denuncia social, a las críticas a la educación, al machismo exacerbado, a la corrupción estatal, al erotismo vulgar, a la delincuencia común, a las mafias de la droga, a la prostitución, y un largo etcétera. Es decir, la novela quiere ser un gran caldo de lo que es el país, o por lo menos de los tópicos más prominentes que representan el país, sin beneficio de inventario. Al estilo de aquellas novelas (*Don Simeón Torrente ha dejado de... deber*, *Un tal Bernabé Bernal*, *Al pueblo nunca le toca*), recuerdo, de Álvaro Salom Becerra (1922-1987) que en los setenta y los ochenta hicieron las delicias de un sinnúmero de lectores que con esos libros nos reíamos de nuestro propio país y de su clase política y, de paso, calmábamos la rabia que de continuo producen las cínicas sinvergüenzadas de la corrupción y la ladronería de todos los gobiernos. Aunque recuerdo los libros de Salom Becerra mucho más concentrados y humorísticos, con personajes cómicos y bien constituidos, lo que aquí es flojo y muy poco natural.

En el eje de la historia se encuentran María Camila Millán, aludida todo el tiempo como *Macamí* o *La Mona*, y Pedro Puerto o *Pedropúas*, por una suerte de chanza jugada por *Macamí*, amiga casi desde la infancia en Acuña, un pueblo del Norte de Santander. De a poco las memorias de la hija del boticario, que no es otra que *Macamí*, se van enredando en una trama de truculencias inverosímiles, propias no de una novela en la cual el lenguaje sea una herramienta del arte literario, sino más bien la herramienta de quien quiere, ante todo, dar una lección acerca de cómo las ambiciones sin escrúpulos, los desafueros y tal vez la crasa ignorancia dan como resultado vidas trágicas o, en todo caso, vidas que han de terminar en la desgracia. Esta es una típica novela con mensaje —social y moral—, aunque este no aparezca en una nota aparte. Solo eso le falta. A ello contribuye la conformación estereotipada de los personajes, como de sainete, como de una mala ópera bufa.

Después de vencido el primer envío de la novela en la lectura, ese primer tramo en el que todo es aun expectativas y ganas de que todo vaya bien, es decir, que nos guste lo que leemos y que nos entusiasme su calidad, lo que sigue aquí se hace predecible y la narración se desenvuelve con más ingenuidad que perspicacia o pericia de narrador. Y, sobre todo, sin hondura, sin calidad literaria. Una historia plana —aunque mezcle tiempos de capítulo en capítulo— que trata con mucha evidencia de ser entretenida y versátil.

*Macamí*, quien se ha mudado a Bogotá después de la muerte de su padre



el boticario, drogadicto, prostituto y tegua que solo les dejó a ella y a su madre deudas y la ruina, lleva una vida matrimonial desastrosa con un ser caricaturesco (y lo es por las exageraciones increíbles que nos pinta a menudo el narrador): burdo, borracho, machista, bravucón pero flojo, cornudo, matón y cobarde. Ella, descrita como una “mona” muy atractiva, especula con sus encantos y se hace casquivana y medio puta, sin llegar a serlo de manera plena sino al final. Utiliza todo el tiempo a su *Pedropúas*, otro pusilánime rendido a sus pies de un comportamiento inverosímil. El novelista debe hacer creíbles sus personajes y no simplemente tratar de hacerlos ridículos y patéticos con el objetivo de mostrarle al lector sus características despreciables y de falta de carácter.



María Camila va urdiendo una vida de trampas y de engaños, disfrazados de astucias, que la llevan al protagonismo del poder económico y de una alta posición social. Su marido, *Pedropúas*, los nuevos socios, todos van quedando relegados ante sus ímpetus y su ambición. Nacida en un pueblo miserable, ella asume el talante del progreso y de la riqueza porque quiere desdecir el vaticinio de desgracia que recae sobre Acuña.

Como esta quiere ser una novela negra —de ahí sus ingredientes de crímenes, política y corrupción—, en la mitad de la historia de *Macamí* va tejiéndose la historia paralela del crimen. Primero por la acción bruta de su marido, quien dispara en forma alocada contra una muchedumbre, y después de parte de su víctima, un